

PLUMA y LAPIZ

BIBLIOTECA
MADRID



NÚM. 18

LEYENDAS Y TRADICIONES

(ÁVILA)

Poco hacía que los agarenos habían invadido la Península, cuando la sangrienta derrota de Covadonga enseñó que no sería fácil tarea la de dominar á nuestro pueblo. Sabido es que á Don Pelayo, héroe de aquella batalla y proclamado Rey, sucedió en 737 su hijo Favila, despedazado poco después por un oso en una cacería, y que en 739 fué elegido Monarca el yerno de aquél, Don Alfonso I *el Católico*. El impulso que este glorioso



VISTA GENERAL.

Soberano dió á la obra de la Reconquista, fué tan extraordinario, que la historia de su reinado parece una larga y hermosa leyenda.

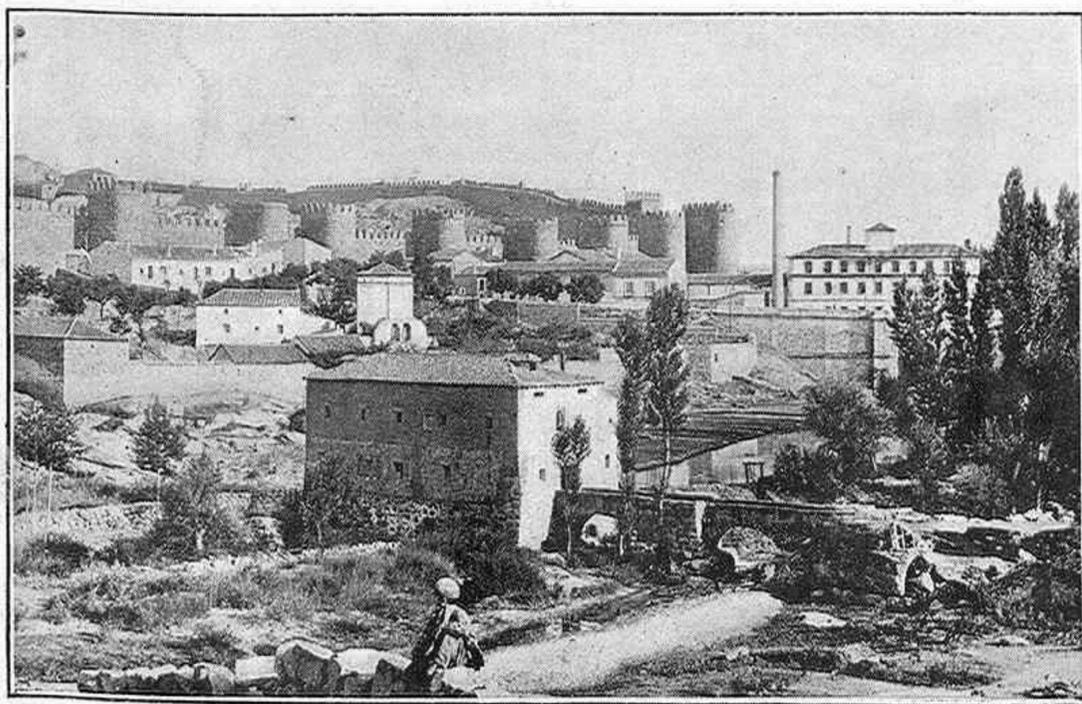
Después de libertar de enemigos toda Galicia, internóse en Portugal, llegando en sus correrías hasta el río Mondego, y vuelto á España apoderóse, en campañas sucesivas, de Astorga, León, Palencia, Salamanca, Zamora y Simancas, sin que tan notables y repetidos triunfos entibiasen su ardor guerrero, ni bastaran á la noble ambición de que se hallaba poseído.

Los árabes, no hacía mucho arrogantes, estaban aterrados; un historiador mahometano describe así el efecto que en los suyos produjeron las empresas del Monarca asturiano: «Vino Alfonso *el Terrible*, el hijo de la espada; tomó ciudades y castillos y nadie osaba hacerle frente; mil y mil fieles creyentes perecieron; quemaba casas y campiñas y no había tratos con él.»

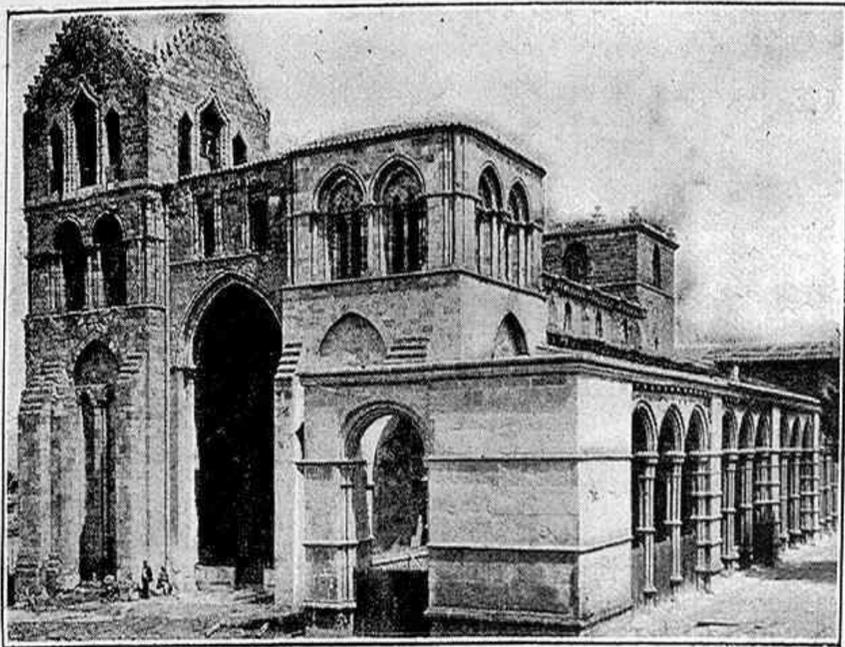
Harto convencido estaba de esto el valeroso Aben-Said, que encerrado entre los fuertes muros de Avila, no se daba punto de sosiego para poner la ciudad en estado de defensa, y enviaba á Andalucía emisario tras emisario, pidiendo refuerzos en previsión de un ataque inminente por parte del asturiano.

Los refuerzos no acudieron, y el caudillo árabe hubo de fiar en el entusiasmo de los suyos, en la fortaleza de las murallas y en la pericia con que supo aprovechar todos cuantos accidentes favorables ofrecía el terreno, para detener la marcha invasora del ejército de Alfonso.

Este, por su parte, proporcionó á Aben-Said algún respiro mayor del que era presumible, por haber juzgado oportuno dar descanso á sus tropas, fatigadas por la continua lucha que sostenían; pero tal circunstancia, que hubiera podido favorecer al musulmán,



LOS ARRABALES DEL PUENTE.



BASÍLICA DE SAN VICENTE.

de hacer mella en el mahometano, ya que mientras los compañeros de aquella fueron encerrados en lóbregos calabozos, á la viuda se le dió por prisión uno de los torreones que flanqueaban los muros de la ciudad, convenientemente alhajado y dentro del cual disfrutaba relativa libertad.

Creyó con esto Aben-Said, ganarse la voluntad de la dama, cuyas disposiciones de ánimo eran muy otras, bien que no tuvo ocasión de hacérselas saber á su adorador, pues cuando aún éste no se había resuelto á presentarse ante ella, aparecieron las huestes de Don Alfonso, que suficientemente refrescadas, disponíanse á proseguir la santa obra de rescatar el territorio español de manos de los audaces invasores. La necesidad de atender á la defensa se impuso á todo, y Aben-Said dió momentáneamente al olvido sus amorosos propósitos para cumplir sus deberes de soldado.

No era el Monarca cristiano, hombre capaz de permanecer en la inacción frente al enemigo, y así apenas adoptadas las precisas disposiciones, embistió bravamente la plaza, que se defendió con no menos bravura.

Mediaba entonces el año 747; los días eran largos; pero á pesar de que se había iniciado el combate de madrugada, iba á cerrar la noche, sin que las huestes alfonsinas hubieran logrado la victoria, cuando con tanta sorpresa como júbilo, vieron primero salir humo, y luego elevarse imponente penacho de llamas, de uno de los torreones: era aquél que guardaba á doña Jimena, quien, con heroica abnegación y singular arrojo, luego de hacinar en su propio departamento cuantos muebles y demás objetos

combustibles pudo

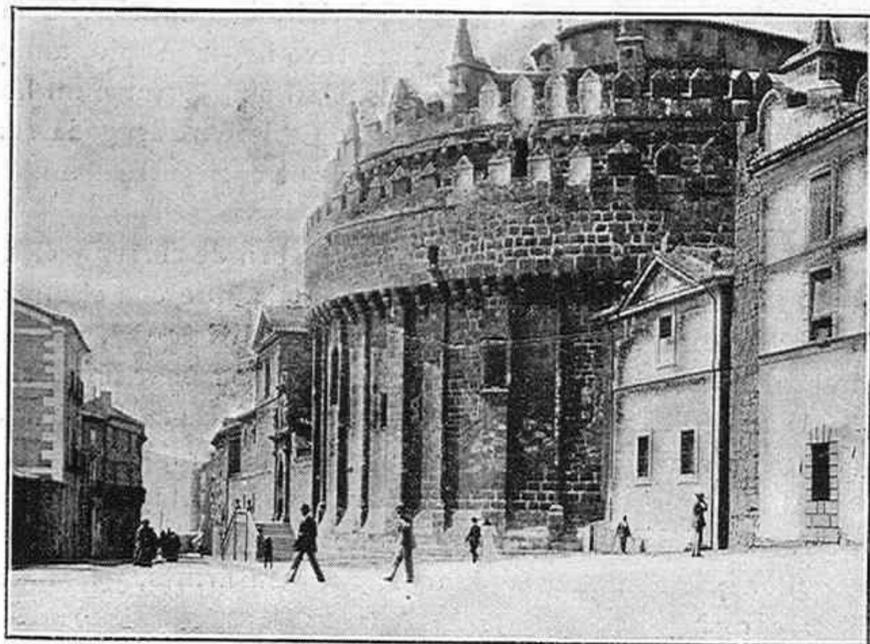
reunir, hábilos prendido fuego, para facilitar, á costa de su vida, la derrota de los enemigos de su fe y de su patria.

No fué perdido su sacrificio. Las llamas que consumieron su cuerpo arruinaron el torreón, abriendo ancho boquete en la muralla, por el que penetraron como incontrastable avalancha los soldados del primer Alfonso, quien añadió una hoja más á la corona de laurel que orlaba sus sienes, gracias á la sublime abnegación de una mujer española.

En vano fué que Aben-Said tratase de sostener el decaído ánimo de los suyos; inútiles fueron los prodigios de valor que hizo; estéril el frenesí de su desesperación al ver perdidas á un tiempo la ciudad y la mujer amada y al sospechar que esta había sido la causante de tal catástrofe: las huestes alfonsinas arrollaron por doquier á sus enemigos, señoreáronse de Avila; y el caudillo musulmán, acosado por todas partes, materialmente acorralado, harto orgulloso para demandar clemencia ó siquiera para rendir su, hasta entonces, temible acero, hubo de buscar también en la muerte el único remedio y el consuelo único á su desgracia.

Tal resultado dió la acción heroica de doña Jimena, acción tanto más meritoria cuanto que fué aislada y obscuramente llevada á cabo, sin los favorables estimulantes que tiene todo acto de valor colectivo.

EDUARDO BLASCO

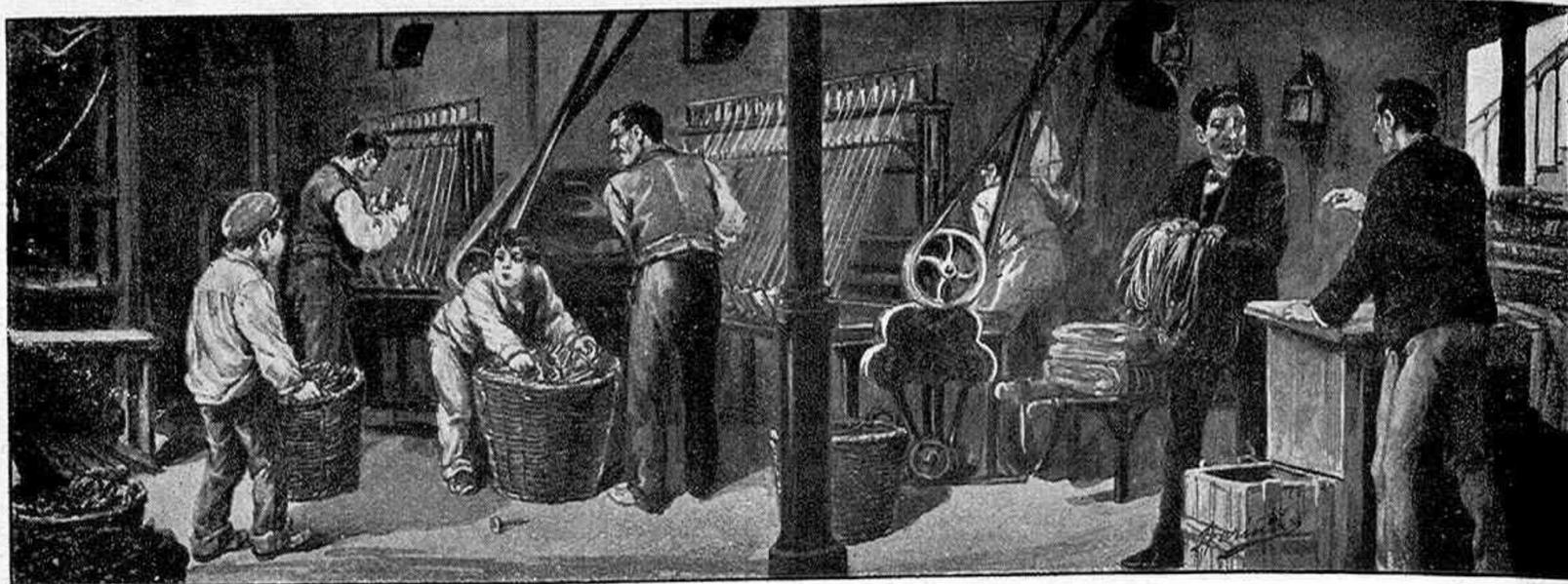


ABSIDE DE LA CATEDRAL.



PUENTE DE SAN VICENTE.

Fotografías de Hauser y Menet.



LA VIDA DE JUAN

Es la vida de Juan Trabaja. No la hay más sencilla ni más dolorosa.

Desde niño, su padre le llevó a la fábrica, y allí entre aquellas complicadas máquinas de hierro, que se mueven con ruido ensordecedor, se ha pasado toda la existencia. Respirando aquella atmósfera insana, cansado por el continuo esfuerzo, á merced de los toques de campana que marcan las horas de entrada y salida, sin instrucción alguna, sin ninguna aspiración, sin suficiente alimento su estómago, sin haber podido jamás contemplar los divinos esplendores de la naturaleza, comiendo en su tugurio ó en la maldita, asquerosa, nauseabunda taberna, ha pasado su juventud.

Cuando ya estaba en plena edad viril, una muchacha habló á sus sentidos, ¿á qué tenía que hablarle? y se casaron. Durante unos meses, Juan tuvo hogar propio, aunque raquítico y no muy limpio; tuvo una mujer que dispó el frío mortal de sus noches. Casi pudo creerse un hombre.

Poco, sin embargo, varió su vida. Casi de madrugada sonaban las campanas que le arrancaban de la cama; de noche ya, volvía á su casa, y antes que entregarse al amor de la mujer que compartía con él casa y cama, tenía que entregarse, rendido, al descanso.

Las lanzaderas de sus telares no cesaban de correr y él no podía cesar de seguirlos con atenta mirada. Y así tejió tela en cantidad desmedida; tanta tela, que con ella podían amortajarse todas las legiones de obreros que trabajan como trabajaba Juan. Juan supo alguna vez, vagamente, que había hombres que vivían sin trabajar, lo cual le asombraba. Pero no daba á ello la menor importancia.

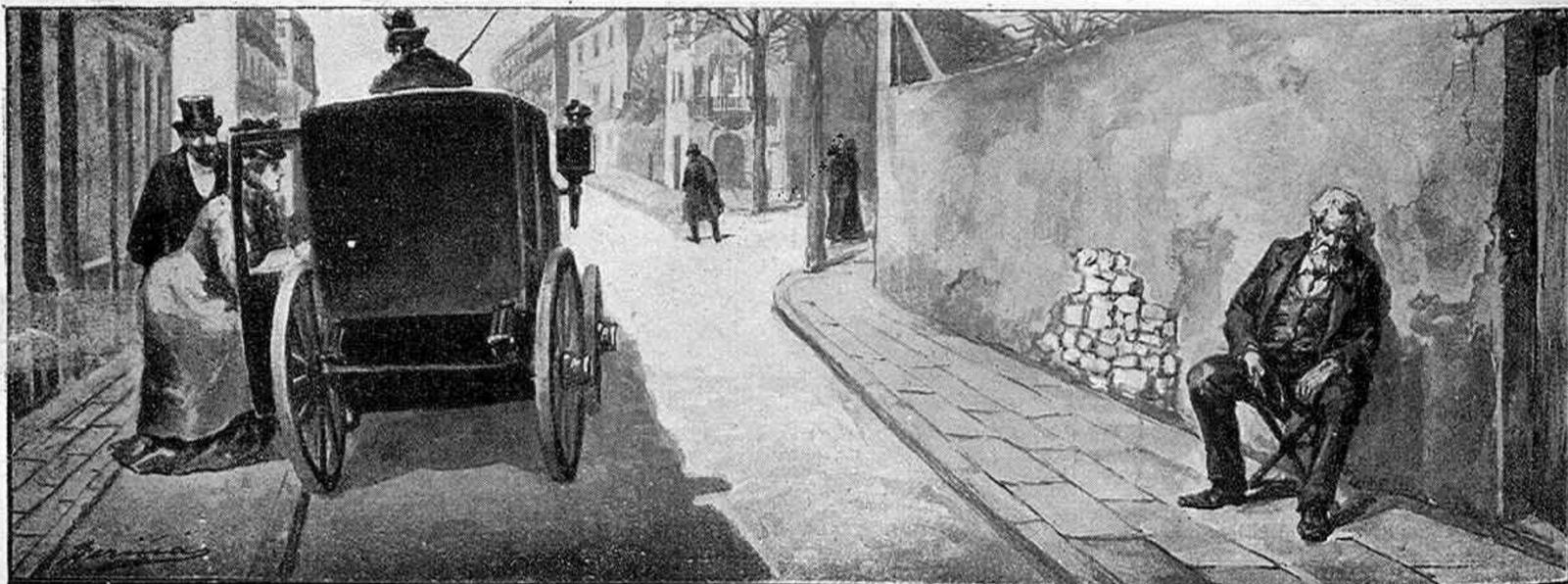
Una noche al volver á su casa la halló cerrada. Su mujer le había abandonado. Encontró aquello muy puesto en razón, muy natural y lógico. Descerrajó la puerta y se acostó solo, sin cenar.

Al día siguiente volvió á la fábrica, y durante unos años continuó tejiendo tela y más tela, en tal cantidad que con ella podían amortajarse todos los maridos abandonados que trabajan como bestias de carga.

¿Por qué tiemblan las manos antes tan firmes, y la mirada no puede seguir con atención el vuelo de las lanzaderas?

Juan es ya viejo y no puede trabajar en la fábrica. Deja el piso que tenía, vende los pocos trastos que comprara á costa de mil fatigas y alquila un cuartito que parece una covacha.

¿Vive de limosna? ¿Vive sin comer? Nadie lo sabe. Y él menos que nadie. Quizá espera un trozo de aquella tela que tejió cuando no temblaban sus manos. La vida de Juan es la vida del humilde.



LA MUERTE DE JUAN

Lo sabáis, nobles damas que gastáis miles de pesetas en adornar pecho y orejas con las perlas? ¿Lo sabáis vosotros, altos empleados, eximios políticos, excelentísimos plutócratas? ¡Juan ha muerto!

Juan ha muerto y no han doblado las campanas, no se han puesto en movimiento las carrozas fúnebres, la espuma de briosos caballos no ha manchado las negras gualdrapas, no han ido á su entierro los poderosos ni los humildes, ningún gacetillero ha escrito unas líneas, ningún panteón lujoso ha visto llenar ninguno de sus huecos.

Nadie se percató siquiera de su muerte. Era tan humilde que así como no hacía ningún ruido para vivir, tampoco quiso dar molestia á nadie muriendo. Apenas sabía nadie si vivía; apenas nadie supo que había muerto.

Al cabo de dos días de no salir del cuarto, la mujer que le tenía realquilada la habitación llamó á la puerta. No hubo quien le contestara. Llamó más recio.

—¡Juan! ¡Juan!

Juan no respondía.

Comparecieron algunos municipales y un droguero de la esquina, alcalde de barrio, enriquecido estafando á los compradores en peso y calidad; dos ó tres chiquillos formaron detrás de las personas formales; se abrió la puerta.

Juan estaba en la cama, vuelto hacia la pared.



—¡Juan! ¡Juan!

Una voz dice:

—Este hombre ha muerto.

Las cabezas infantiles que asomaban curiosas inician un movimiento de retirada; la dueña del piso retrocede también; los municipales miran al muerto, se miran entre ellos, miran al alcalde de barrio y ponen la cara estúpida del hombre que contempla una cosa incomprensible. El droguero queda más estupefacto que los municipales y pone una cara mucho más estúpida.

Todos desfilan del cuarto. Dejan sólo al muerto; sólo como ha vivido. Cierran la puerta del cuarto.

Al cabo de unas horas llega un médico para comprobar la defunción. Con él entra la hospedera. El Galeno se acerca al cadáver. Examina las manos exangües y tan demacradas que parecen transparentes, privadas de todo músculo; la cara afilada; levanta el labio superior, abre con esfuerzo la boca, examina los dientes y encías, golpea el abdomen poniendo al desnudo el cuerpo esquelético.

La patrona se acerca.

—¿De qué ha muerto, doctor?

—Ha muerto de hambre.

¿Lo oís, nobles damas, conspicuos políticos, altos empleados, excelentísimos plutócratas?

¡Juan ha muerto de hambre!

LAS HIJAS DE JUAN



NADIE sabe á punto fijo cuántas fueron, cuántas son. Unos afirman que Juan tuvo muchas, muchísimas hijas, y un pensador de ideas tan claras como delicadas y precisas me asegura que no tiene, que no ha tenido Juan, que no tendrá, hasta la consumación de los siglos sino dos hijas.

Un día, muchos años después de haber nacido, pocos días antes de morir, esas dos hijas, que eran hermanas, se reunieron y se reconocieron después de pasar largo tiempo, casi una vida entera sin verse.

Ambas estaban miserablemente vestidas; en sus rostros aparecían las arrugas prematuras que deja el dolor moral que imprime el dolor físico como sello indeleble de su paso.

Al verse tan lamentables, tan misérrimas, ni se conmovieron ni lloraron. A fuerza de sufrir, eran ya insensibles á todo dolor.

—Yo me casé con Pedro, ¿te acuerdas? y al cabo de cinco años tenía cuatro hijos, y al cumplir seis de nuestro matrimonio, murió tísico mi marido. Y después murieron de hambre ó de tisis, dos de mis pequeñuelos y yo tuve que volver á la fábrica para ganar el pan para los otros. Pero, durante mis horas interminables de trabajo, los hijos de mi corazón quedaban abandonados, y el mayor un día fué á la cárcel por granuja y el menor, el más querido, porque era el más débil, cayó del balcón á la calle y murió. No sé lo que ha sido de mi Juan. Me han dicho que está en presidio. Yo he trabajado mucho, he trabajado sin darme el preciso descanso hasta que me han echado por inútil. Ya sabes por qué estoy tan vieja y arrugada; por qué voy á morir.

—Yo no tuve tu resignación. Me aburría la fábrica; me daba asco el trabajo, ese trabajo continuo que en la cuna empieza y con la mortaja se deja. ¿Te acuerdas de aquel hombre joven que nos seguía y me requebraba? Un día huí de nuestra casa. Creí haber labrado mi suerte. Fueron breves días de gloria y una eternidad de padecimientos. Sin saber cómo, un día tuve vestidos de seda y raso, aretes en las orejas, sortijas en los dedos. Hombres de todas edades y razas se extasiaban ante mi cuerpo y se estremecían de deseo ante mí.

Después, poco tardó, vino el mal, el mal implacable; llegó con él la miseria que no perdona, la fealdad que no atrae, la demacración que repele.

Después, qué sé yo, el hospital, las posadas, el trabajo deshonoroso, la mendicidad, la compañía de la gente de horca, la miseria espantosa, mucho más espantosa que la de nuestro hogar, el hambre, la vergüenza, ¡já mí, que no la conocía! y aquí estoy.

—¿Y nuestras hermanas?

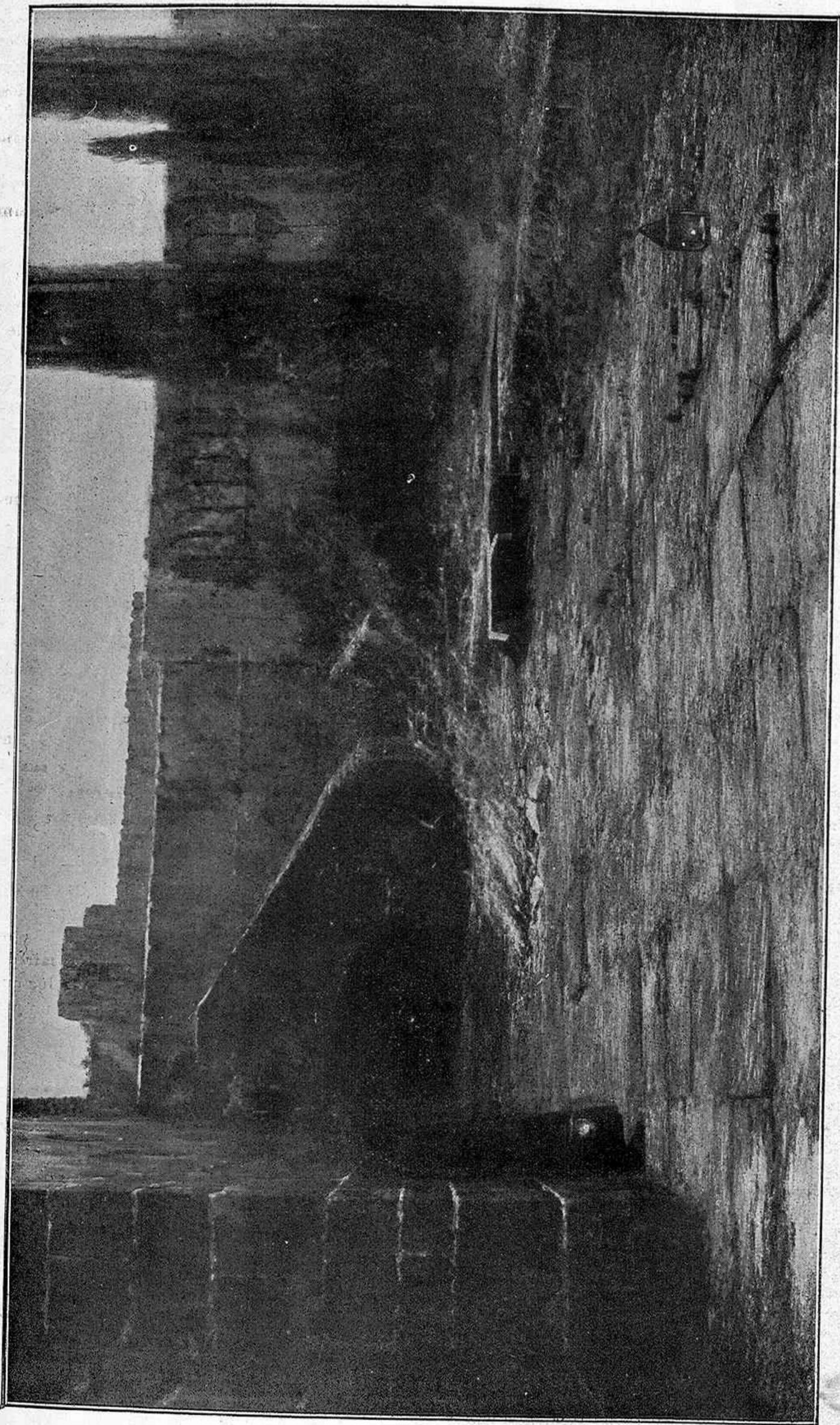
—Como tú ó como yo.

—¡Pobres hermanas mías!

Y las dos miserables se miraron horrorizadas, como sí durante un momento, la inteligencia que arde en algunos cerebros hubiese iluminado los suyos.

A. RIERA

Ilustraciones de A. SERIÑA.



AUTO DE FE. — Drama inédito del propio autor del cuadro. Acto 3.º, Escena V.

Salón Parés.



EL CABALLITO DE ORO

(LEYENDA COSTARRICENSE).

A Guillermo Vargas.

ROLLIZAS cepas de *caña brava*, fijas en ambas márgenes del río, se continúan en rectos y bien pintados pilares, cuyos débiles ramajes se han entrelazado con los meses. Bajo esta bóveda en vaivén, empújense suavemente las ondas del *Tiribí*, sin más oposición que la presentada por uno, dos, tres pedrejonos arrugados y viejos, con el aspecto que les da el musgo blanco al ocupar sus bordes. A una de las riberas se asegura una piedra lustrosa que sirve de asiento en esta mañana á la rústica Madgalena.

Bellísima es la moza, como acabada de salir de algún encanto, negros sus ojos, como los de la Virgen; los cabellos — rubios como los del maíz al despuntar en la mazorca—están sueltos en dos cortinas por el seno, ocultando con egoísmo el par de pechos, duros como limas pintonas.

Se halla en su completa desnudez, al abrigo de las miradas maliciosas y siente la caricia de uno que otro chorrito de luz que pasa por la comba de verdura como por los agujeros de un paraguas viejo.

Puesta de rodillas, moja el índice y el pulgar en las aguas y llevándolos á la frente, traza la señal de la cruz, se persigna y concluye por exclamar:

—¡A la mano de Dios!

Liviana como una hoja, se deja arrastrar blandamente por las ondas, con los labios entreabiertos, cuasi cerrados los ojos y risueña la faz, para salir más lejos, donde los rayos solares caen de plano y soplan frescones los remusguillos. Apenas toca la playa del río, Madgalena se tiende boca abajo, y la suave arena cede al peso de su cuerpo, y copia sus contornos, interín una porción de mariposas revolotea á su alrededor, como queriendo posarse en sus muslos.

¡Cuánto le gusta el calorcito del sol y el frío de la tierra!

Las horas muertas hubiera pasado así, con la cabeza recostada sobre los brazos, haciendo las veces de sombrilla una hoja de vi-

goroso pedúnculo que despliega perezosamente su limbo hacia arriba, si el sonoro chapoteo de algo que surge de las aguas, no le llamase la atención.

Ver á un caballito de oro, con las crines al viento, caracoleando muy coqueto en la planada de una piedra y tirarse á cogerlo, partiendo con los hombros el lomo de la corriente, es todo uno.

¡Pero en vano! El cuadrúpedo chiquitín—que de preferencia se aparece á las muchachas bonitas— ligero como él solo, salta á otra piedra y Madgalena, con el desengaño que le sale á la cara, quédase mirándolo con envidia.

Déjase ir entonces de espaldas, para echarle traca con disimulo, pero el caballito, con un relincho, le avisa que más lejos aguárdala.

—De consumida lo agarro, yo para eso soy un pez; no ha de ser tan pícaro que me vea — habla Madgalena, desparraneada en la piedra, con las uñas entre los dientes y con toda la expresión de quien anhela con impaciencia aquello que se escapa.

Dicho y hecho. El caballito retozón parece que baila, en brinco, de aquí para allá; cuando sale de pronto Madgalena, quiere atraparlo al vuelo, mas el deseado animal se zabelle y la campesina, á su vez, se encuentra arrollada por un remolino.

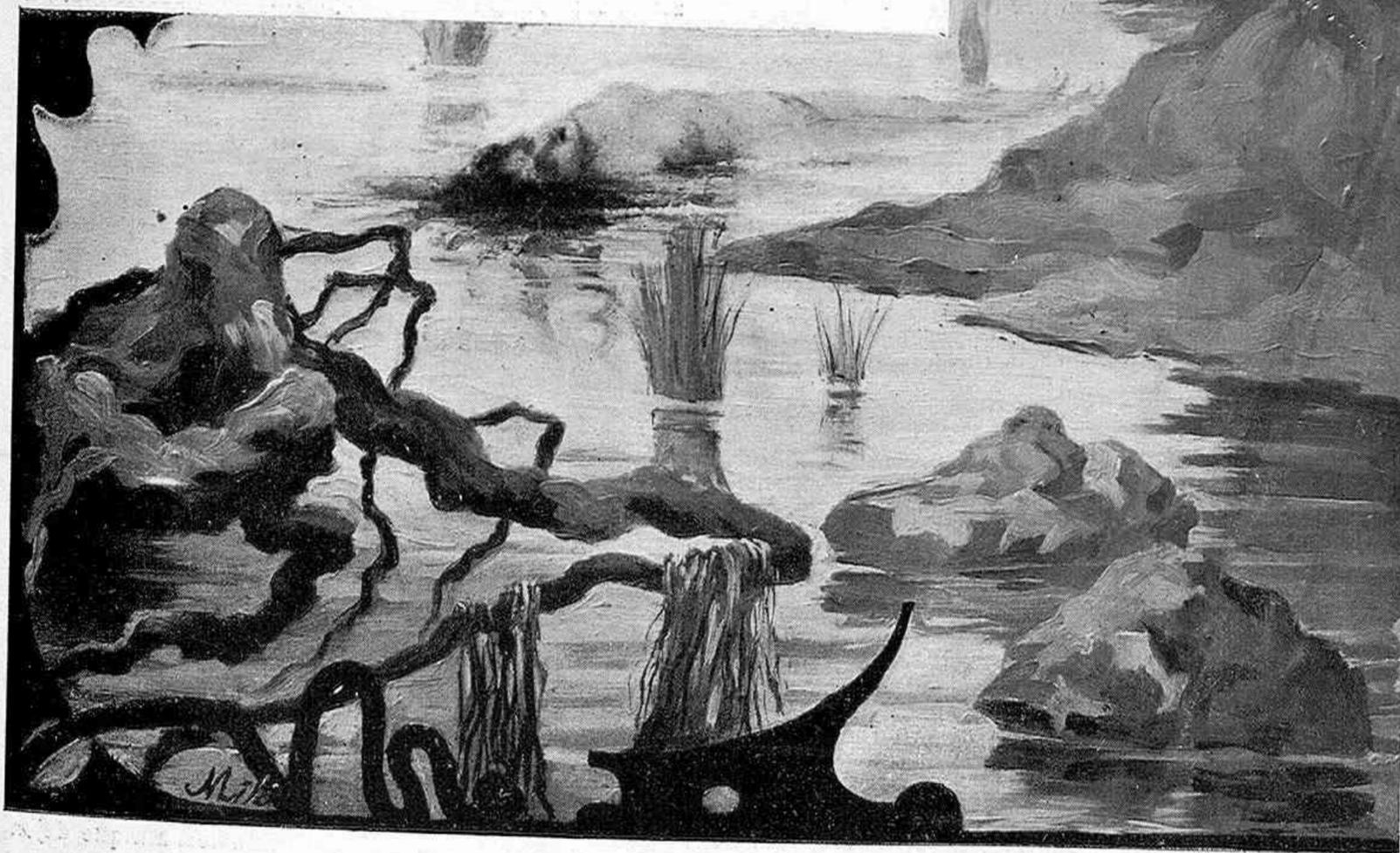
Intenta salir, pero inútil. Como si de las pantorrillas la tirasen, se hundió, y minutos más tarde sólo se advierte, entre el hervidero de las aguas revueltas, su blonda cabellera flotando, como flotarían los manojos de raíces de una planta acuática.

* * *

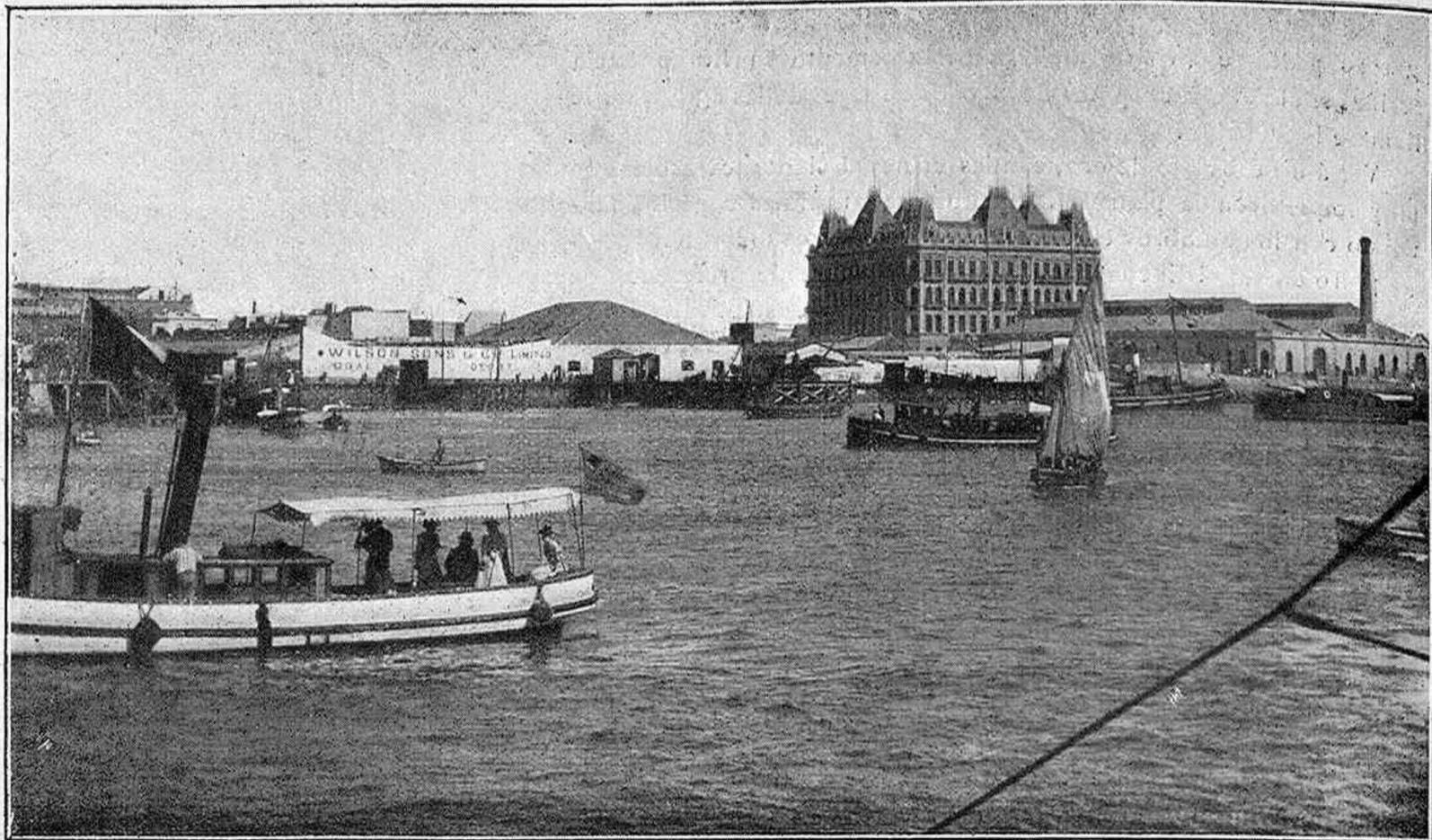
¡Cuántas veces, amigo inolvidable, en nuestras conversaciones de colegio, recordamos esta leyenda, tan humana en su fondo, y vimos en ella, la imagen eterna de ese otro caballito de oro y desbocado que llaman de la *Ilusión*, en pos del cual andamos, por perseguir un algo que nunca se alcanza.

JOAQUÍN GARCÍA MONGE

San José de Costa Rica.



Ilustraciones de J. F. MILÁ.



MONTEVIDEO. — EL PUERTO.

PASATIEMPOS

CHARADA CON EL TODO

INTERCALADO EN ACRÓSTICO

- P—4.^a—2.^a—Cuerda en ciertos instrumentos
 L—5.^a—3.^a—Lienzo fuerte. [músicos.
 U—3.^a —Pronombre indeterminado.
 1.^a—M —Hijo de Noé.
 2.^a—4.^a—A —Nombre de mujer.
 2.^a—Y—5.^a —Mes.

- L—5.^a—2.^a—Colina prolongada.
 2.^a—4.^a—Á—3.^a —Nombre de mujer.
 P—5.^a —Gran río de Italia.
 I—5.^a —Sacerdotisa de Juno.
 Z—5.^a—3.^a—Cualquiera de las cinco partes
 en que se considera dividida la
 superficie de la tierra de polo á
 polo.

Lo que es el *todo* lo indica la *línea vertical* ó sea el *acróstico*.

NOVEJARQUE.

CHARADA

Si *prima cuarta* la voz,
 mi honor así lo reclama,
 puesto que el autor no he sido
 del *tercia dos* que me achacan.

Con personas de vergüenza
 ha tiempo me *tercia cuarta*,
 y el dechado de honradez
 públicamente me llaman.

Esta afrenta inmerecida
 turbó el *todo* de mi casa,
 dejando allí solamente
 injusto baldón y lágrimas.

J. SMAK.

TERCIO DE SÍLABAS

```

* * *   * *   * *
* *   * *   * *
* *   * *   * *
  
```

Primera línea vertical y horizontal; nombre de varón.
 2.^a línea; nombre de mujer; 3.^a línea; nombre de varón.

J. CAMPS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 7 — Vocal.
 1 4 — Nota musical.
 1 2 3 — Extensión de agua.
 3 5 6 2 — Anfibio.
 1 2 3 4 5 — Nombre de mujer.
 3 7 1 2 6 5 — Instrumento de pesar.
 1 2 3 4 5 6 7 — Nombre de varón.
 1 2 3 4 6 5 — Paisaje de mar.
 6 7 3 4 5 — Bomba aspirante.
 1 7 6 2 — Animal.
 3 4 7 — Corriente de agua.
 6 7 — Negación.
 2 — Vocal.

CALDERÓN.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Logogrifo numérico.—Gumersindo.

Charada.—Emerita.

Jeroglífico.—Vencido.

Frase hecha.—Salir con las manos en la cabeza.

Jeroglífico comprimido.—Entrecejo.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.

LA SERPENTINA (HISTORIETA MUDA);

por M. NAVARRETE.



M. Navarrete

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



LA STRAGE DEGLI INNOCENTI
ORATORIO DI D^{ON} LORENZO PEROSI
G. RICORDI & C. EDITORI

*Publicado por el editor G. Ricordi, de Milán, para anunciar el oratorio de Lorenzo Perosi,
«La degollación de los Inocentes.»*

SERIE I.^a

NÚM. 18